



La Santa Sede

PAPA FRANCISCO

MISAS MATUTINAS EN LA CAPILLA
DE LA *DOMUS SANCTAE MARTHAE*

Sacerdotes auténticos

Viernes 9 de diciembre de 2016

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 50, viernes 16 de diciembre de 2016

El Papa Francisco entregó simbólicamente a los seminaristas de Roma los iconos de san Policarpo, san Francisco Javier y san Pablo mientras está a punto de ser decapitado, recomendándoles que vivan el sacerdocio como auténticos mediadores entre Dios y el pueblo, alegres incluso en la cruz, y no como funcionarios intermediarios, rígidos y mundanos, pendientes sólo de los propios intereses y por eso insatisfechos. Es este el perfil auténtico del sacerdote trazado por el Pontífice en la misa celebrada el viernes 9 de diciembre, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta.

«El Señor sufrió mucho por la actitud del pueblo y algunas veces dijo: “¿Hasta cuándo tengo que soportaros?”» afirmó Francisco en la homilía. Haciendo notar enseguida cómo en el pasaje del Evangelio de Mateo (11, 16-19), propuesto por la liturgia, Jesús hace este comentario: «son como niños, a quienes les ofreces una cosa y no les gusta; ofreces lo contrario» pero tampoco les gusta eso. Personas insatisfechas, «incapaces de tener una satisfacción en su actitud con el Señor». Pero, «hay muchos cristianos insatisfechos —puso en guardia el Papa— que no consiguen entender qué nos ha enseñado el Señor; no consiguen entender el centro de la revelación del Evangelio».

Dirigiéndose directamente a la comunidad del Pontificio seminario romano mayor, «a los seminaristas y a los formadores», Francisco planteó la cuestión de si «hay también sacerdotes insatisfechos». Porque —reconoció— «los hay y hacen mucho daño cuando viven una vida que no es plena; por un lado no encuentran la paz, por otro lado, siempre pensando en proyectos y luego cuando los tienen en sus manos» dicen: «No, no me gusta». Todo esto pasa, añadió el Papa, «porque su corazón está lejos de la lógica de Jesús y por eso hay algunos sacerdotes insatisfechos, no son felices, se quejan y viven tristes».

Pero «¿cuál es la lógica de Jesús que da la plena satisfacción a un sacerdote?», se preguntó el Pontífice, sugiriendo inmediatamente la respuesta: es «la lógica del mediador». Jesús «es el mediador entre Dios y nosotros; y nosotros tenemos que seguir este camino de mediadores y no el otro modelo que se parece mucho pero no es el mismo: intermediarios». Porque, afirmó el Papa, hay «diferencia entre un mediador y un intermediario». En efecto, «el intermediario hace su trabajo y cobra su paga: quieres vender esta casa, quieres comprar una casa, yo hago de intermediario y me quedo con un porcentaje; es justo, ha sido mi trabajo». En definitiva, «el intermediario sigue este camino: él nunca pierde».

«En cambio, el mediador —explicó Francisco— se olvida de él mismo para unir a las partes, da la vida, a sí mismo, el precio es ese: la propia vida, paga con la propia vida, con su cansancio, su trabajo, muchas cosas». Y «el párroco», añadió el Papa, da la vida precisamente «para unir al rebaño, para unir a la gente, para llevarla a Jesús». Porque «la lógica de Jesús como mediador es la lógica de despojarse de sí mismo». Por lo demás, «san Pablo en la carta a los Filipenses es claro al respecto: “Se despojó de sí mismo, se humilló a sí mismo” para hacer esta unión, hasta la muerte», y la «muerte de cruz».

Por lo tanto, esta «es la lógica: vaciarse, despojarse». Y «no porque tú busques esto, sino porque la actitud de mediador te lleva a ello». Es el estilo de la «cercanía: Dios que se hizo cercano a su pueblo, en el Antiguo Testamento, y luego enviando a su Hijo, esa *synkatàbasis* de Dios que se acercó a nosotros». He aquí por qué «el sacerdote es un mediador muy cercano a su pueblo, muy cercano».

En cambio, precisó el Papa, el intermediario «es aquel que es un funcionario: hace su trabajo, hace las cosas más o menos bien y luego termina ese trabajo y hace otro, otro, otro, pero siempre como funcionario». El intermediario «no sabe lo que significa ensuciarse las manos; el mediador vive ensuciándose porque está allí en el medio, allí en la realidad, como Jesús: ensuciado por nuestros pecados». Es por eso, confesó Francisco, que «yo no conozco ningún hombre, ninguna mujer que trabaje como intermediario y que sea feliz sólo con eso. No, eso no te hace feliz». Por este motivo, «cuando el sacerdote cambia de mediador a intermediario no es feliz, está triste». Terminando así por buscar «un poco la felicidad en el dejarse ver, en el hacer sentir su autoridad».

El pasaje evangélico de la liturgia, hizo notar el Pontífice, destaca que «a los intermediarios de su época Jesús les decía que a ellos les gustaba pasear por las plazas para que la gente les viesen y les honorasen: es así». Pero «para hacerse importantes, los sacerdotes intermediarios siguen el camino de la rigidez: muchas veces, distantes de la gente, no saben qué es el dolor humano; pierden lo que habían aprendido en su casa, con el trabajo del papá, de la mamá, del abuelo, de la abuela, de los hermanos». Perdiendo «estas cosas son rígidos, esos rígidos que cargan sobre los fieles muchas cosas que ellos no cargan, como decía Jesús a los intermediarios de su época».

«La rigidez», en definitiva, significa «látigo en mano con el pueblo de Dios: “esto no se puede, no se puede”». Y «muchas gente que se acerca buscando un poco de consuelo, un poco de comprensión, es alejada con esta rigidez». Pero «la rigidez no se puede mantener mucho tiempo, totalmente». Sobre todo, «fundamentalmente es esquizoide: terminarás por parecer rígido pero por dentro serás un desastre».

Y «con la rigidez» está también «la mundanidad». Así, «un sacerdote mundano, rígido, es alguien insatisfecho porque ha tomado el camino equivocado». Precisamente «a propósito de rigidez y mundanidad», Francisco quiso hacer referencia a un episodio «que ocurrió hace tiempo: vino a visitarme un anciano monseñor de la Curia, que trabaja, un hombre normal, un hombre bueno, enamorado de Jesús, y me contó que había ido a Euroclero a comprarse un par de camisas y vio delante del espejo a un joven —él cree que no tendría más de veinticinco años, o era un sacerdote joven o iba a ser ordenado—, estaba delante del espejo con una capa, grande, larga, aterciopelada, la cadena de plata, y se miraba. Luego tomó el “saturno”, se lo puso y se miraba: un rígido mundano». Y «aquel sacerdote —es sabio ese monseñor, muy sabio— consiguió superar el dolor con una broma de sano humorismo y añadió: “¡y después se dice que la Iglesia no permite el sacerdocio a las mujeres!”». Es así «que el trabajo que hace el sacerdote cuando se convierte en funcionario termina en lo ridículo, siempre».

«En el examen de conciencia —dijo Francisco dirigiéndose directamente a la comunidad seminarista— considerad esto: ¿hoy fui funcionario o mediador? ¿Me he custodiado a mí mismo, me busqué a mí mismo, mi comodidad, mi orden, o he dejado que el día transcurriese al servicio de los demás?».

La actitud justa, sugirió, es la de tener siempre «la puerta abierta» y sonreír: «incluso con muchas dificultades, el mediador sonríe, es tierno, el mediador tiene ternura, sabe acariciar a un niño». Tanto es así, añadió el Papa, que «una vez uno me dijo que él reconocía a los sacerdotes por la actitud que tenían con los niños: si saben acariciar a un niño, sonreír a un niño, jugar con un niño». Y es un hecho «interesante, porque significa que saben bajarse, acercarse a las pequeñas cosas», como es precisamente el niño.

En cambio, advirtió el Pontífice, «el intermediario es triste, siempre con esa cara triste o

demasiado seria, oscura; el intermediario tiene la mirada oscura, muy oscura». Al contrario, «el mediador es abierto: la sonrisa, la acogida, la comprensión, las caricias y en medio de las dificultades tiene alegría». Porque «el mediador es alguien alegre incluso en la cruz». Al respecto, Francisco indicó el testimonio de san Alberto Hurtado «que, con tantas dificultades y persecuciones que tenía, rezaba solamente así, contento: “¡Señor!”». Estaba «contento, contento, feliz de ser un mediador, en esa situación».

El Papa confesó a los seminaristas su deseo de entregarles, precisamente «mirando a estos insatisfechos» descritos en el Evangelio de Mateo, «esta reflexión sobre los sacerdotes insatisfechos». Y «vosotros pensad en esto», recomendó.

Desde esta perspectiva el Pontífice quiso indicar, tomándolas «de la historia de la Iglesia, tres iconos que nos ayudarán: tres iconos de sacerdotes mediadores y no intermediarios». El primer icono es el del «gran Policarpo, la versión neotestamentaria de Eleazar: anciano, digno, señor de sí mismo, que no negocia su vocación y se dirige con valor a la hoguera, y cuando el fuego le rodea, los fieles que estaban allí sintieron el olor del pan». Efectivamente, de verdad «él era como un pan, hasta el final se dio a sí mismo». Y «así acaba un mediador: como un pedazo de pan para sus fieles».

Y si en el primer icono está representado «un anciano», en el segundo «un joven: san Francisco Javier», que «muere en las playas de Shangchuan, mirando a China, a los cuarenta y seis años». Tan joven que, precisamente, se podría decir incluso «un desperdicio», hasta preguntarse por qué «el Señor no le dejó allí un poco más». Pero la actitud de san Francisco Javier fue la de decir: «hágase tu voluntad, Señor». Él «sabe decirle solamente: “He confesado tu nombre hasta el final; jamás, Señor, he escondido la lámpara bajo la cama; me has dado cinco talentos, te daré otros cinco”». Y de este modo, «en paz, con alegría, se marcha». Así «termina también un joven mediador que nunca ha conocido estas insatisfacciones».

Como tercer icono, «también muy bonito y que hace llorar», el Papa indicó el del «anciano Pablo en “Tre Fontane”»: aquella mañana, muy temprano, los soldados fueron a buscarle, se lo llevaron, y él caminaba encorvado, como con un peso sobre los hombros». Pablo, explicó Francisco, «sabía muy bien que esto sucedía por la traición de algunos dentro de la comunidad cristiana: pero él luchó tanto en su vida que se ofrece al Señor como un sacrificio». Y «termina así». El Papa confesó que sentía «mucho ternura» al «mirar a Pablo desde atrás, cómo va caminando hasta el momento de la decapitación».

Son «tres iconos que pueden ayudarnos» concluyó el Pontífice, invitando a contemplarlos y a pensar en «cómo quiero terminar mi vida de sacerdote: como funcionario, como intermediario o como mediador, es decir en la cruz».

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana